

BLASÓN Y LINAJE DE LA FAMILIA MOJICA

Rafael Mojica García
Rector de la Universidad del Meta

La genealogía nace por la necesidad de diferenciar a las personas por sus orígenes, así como los nombres nacen por la necesidad de identificar a las personas. Inicialmente las personas poseían un sólo nombre, pero cuando había en la aldea dos o más con el mismo nombre se les diferenciaba añadiéndoles el nombre del padre o de la madre, y si el nombre de los padres era el mismo se le añadía un lugar geográfico o una característica física.

Los apellidos tienen varios orígenes; por ejemplo, Pedro es un apellido patronímico que procede del antropónimo cristiano Pedro y este del latín Petrus, que a su vez viene del griego Petros y éste a su vez del hebreo Kefas, que significa piedra. Hay apellidos de origen geográfico, procedentes de la población de origen o del señorío o de la región. Hay apellidos que nacen por el oficio y apellidos apódocos, originados en apodos, y por supuesto hay apellidos mezclados o compuestos, esto es, por ejemplo, un patronímico con un toponímico.

Hasta el año del 745 los nombres de uso eran exclusivamente los de pila: Eita, Iroila, Dulcido, Arias, Teodufus, Christofurus, Ioannes, Joseph.

Entre el 810 y el 820 aparece el uso incipiente de apellidos patronímicos que se forma en España añadiendo las terminaciones ez (González) – oz (Muñoz) – iz (Ruiz) – uz (Ferruz).

Hacia el 919 se empiezan a utilizar los toponímicos: Severo de Zea (Cea, León).

En el 941 se conoce el primer apellido compuesto: Iñigo Meléndez de Melgar.

En el 1072 los apellidos no eran aún hereditarios. En el 1101 se originan los apellidos en apodos. A la mujer a esta fecha se le identificaba sin usar ningún patronímico.

En el año 1117 el uso de apellidos estaba bastante extendido, aún entre plebeyos: Sancho Vela, García Belasco, Acener Gómiz, Dominico Iohan.



Hacia el 1340 los apellidos adquieren un carácter hereditario pero solamente hasta el siglo XV no se extiende a todas las capas sociales hacer hereditario el apellido.

A lo anterior se deben añadir las diversas lenguas que conforman el español, el latín, el árabe, la céltica, la gótica, la azteca, los muiscas, etc. que con su evolución, enriquecieron la gama de apellidos.

En España y América, contrario de lo que se suele afirmar, no hay blasones de apellidos, sino de linajes y por ello es tan importante relacionar entre sí los linajes a través de los heraldarios. Frecuentemente se atribuye a todo apellido un origen noble pero lo cierto es que en la mayoría de España no existía estatuto de nobleza, salvo en el norte de España: La Coruña, Pontevedra, Lugo, Orense, Asturias, León, Cantabria, Burgos, Vizcaya, Bilbao, Guipúzcoa, Navarra, Lérida, Gerona, Barcelona y Zaragoza.

El apellido es el nombre de una familia que puede coincidir sin parentesco directo, mientras que el linaje es la descendencia de una persona que se juzga es la primera denominada con el apellido principal, a pesar de los diversos apellidos que puedan haber usado sus antepasados.

Blasón, dice el diccionario de la Real Academia: (Del fr. Blasón) m. Arte de explicar y describir los escudos de armas de cada linaje, ciudad persona. // 2. Cada figura, señal o pieza de las que se ponen en un escudo. // 3. Escudo de armas. // 4. Honor o gloria. // hacer uno blasón. fr. fig. Blasonear, jactarse.

En España aparece en 1489 “Blasón general y nobleza del universo” del autor Gracia Dei; en 1482, Diego de Valero y su “Tratado de Armas” y una serie de obras sobre noblezas regionales entre las que se destacan “Adarga Catalana” de Germa y “Nobiliario Mallorquín” de Bover y en 1492, el “Nobiliario Vero” de Ferrán Mejía.

Estos temas de blasones y linajes se acrecientan en el 1660 cuando se publicó por el padre Menestier, “Arte del Blasón o pruebas del mismo”, en la ciudad de Lyon (Francia). Por la misma época aparece un libro explicativo de la nobleza alemana llamado “Souveran du monde”. Hacia 1720, se publica por Cherigui un tratado que incluye a toda la nobleza europea.

El “Tratado de Heráldica y Blasón” fue escrito por Francisco Piferrer¹, quien según nos cuenta don Manuel María Rodríguez de Maribona y Dávila, director que fue de la Academia Asturiana de Heráldica y Genealogía, nació en Lloret del Mar en 1813 y murió en 1863. Piferrer es, además, autor de una enriquecedora obra sobre la genealogía de la península llamada “Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España”.

Piferrer decía: “¡Todos iguales! ¡Qué idea tan sublime y deslumbradora, pero qué idea tan engañosa e irrealizable” y añadía: “Todos los hombres pueden dividirse en tres clases: la primera, llamada por excelencia nobleza, se compone de los nobles con títulos y blasones; la segunda, compuesta de los nobles sin blasones, se llama pueblo y la tercera se compone de los no nobles, de los innobles, de los hombres viciosos, los cuales constituyen la plebe o la clase plebeya”.

¹ Francisco Piferrer, *Tratado de Heráldica y Blasón*. Prensa y Ediciones Iberoamericanas S.L. Madrid, 1992.

Tal afirmación puede considerarse obsoleta pero no exenta de contenido, más cuando la rematamos con una frase de Abraham Lincoln: "Todos los hombres nacen iguales y es la única vez que lo son".

En 1596, una normativa de Felipe II enderezó el blasonar de manera muy seria y rigurosa prohibiendo el uso de escudos a quienes carecían de su otorgamiento por autoridad real o a quienes colocaban indebidamente timbres y coronas en los ya otorgados.

Todos, absolutamente todos, poseemos abolengos, pues ellos no son más que la ascendencia o el patrimonio o herencia que hemos recibido de los abuelos. Lo que sucede es que unos los recuerdan y se adentran más allá y otros simplemente los ignoran o como respondió Ifícrates, brillante general ateniense, hijo de un zapatero, a Harmadio, vástago de antiguas y linajudas familias, quien le echase en cara su humilde cuna:

- Yo soy el origen de mi nobleza; tú el fin de la tuya.

El muy afamado político y magistrado francés Pedro Jeannin (1540-1662), también de muy modesto origen, le contestó a un gran señor que quería humillarlo al preguntarle de quién era hijo:

- De mis buenas acciones, respondió el magistrado.

Se cuenta, también, de Luis Venillot (1813-1883) célebre publicista francés, hijo de un latonero, que tropezó con un aristócrata infatuado:

- Yo asciendo de una familia humildísima que pasó privaciones y miserias. ¿Usted de quién descende, señor?

Soberbia es la respuesta de Otto von Bismarck, al regresar a Prusia, después de la derrota que le infringió a Francia en 1870, cuando el príncipe Federico Carlos le hizo el reproche por haber tenido un tibio agradecimiento por su nombramiento como príncipe.

- Yo siempre me he tenido por noble.

"La virtud y el mérito personal constituyen precisamente la verdadera nobleza, y son por lo mismo la base fundamental de la ciencia heráldica, la cual trata precisamente de los honores y distinciones que cada uno merece por su valor, por su virtud o por sus nobles hazañas" (Piferrer).

Yace con frecuencia la virtud abatida, oscura y aún despreciada, mientras que el vicio se levanta erguido, arrogante y victorioso a la manera del califa Moizz, quien interrogado por las pruebas de su parentesco con el yerno del profeta, respondió con arrogancia, sacando a medias la espada de la vaina:

- Ésta es mi genealogía.

Luego, derramando a manos llenas monedas de oro sobre los concurrentes, añadió:

- Éstas son mis pruebas.

A todos les pareció que esta demostración era evidente e incontestable.

“Los títulos, timbres, insignias y blasones dan realce por cierto a la nobleza, pero ni son necesarios, ni por sí solos son suficientes a dar nobleza. El noble sin valor y virtud, que se pavonea con sus timbres y blasones, deja de ser noble; es un hombre vulgar y plebeyo. Al contrario, por humilde que sea su posición, es verdaderamente noble el hombre que es valiente y virtuoso” (Piferrer).

El estudio y la virtud hicieron obispo en la corte de Luis XIV a Esprit Flechier (1632-1710). Su padre había sido un fabricante de velas. Frívola corte la del Rey Sol en donde un hombre de sus condiciones era respetado pero motivo de protestas porque alguien de origen tan humilde hubiera llegado a tan alto puesto.

Monseñor Flechier, percatado de las malévolas intenciones de otro alto prelado, que mostraba su asombro por tal condición, le alejó diciéndole:

- Con semejante manera de pensar temo que, de haber nacido vos en tan plebeya cuna, no habrías pasado de fabricar velas.

Un joven lord inglés en un tono que dejaba traslucir la insolencia, le preguntó un día a George Bernard Shaw:

- Dígame, ¿no fue su padre un modesto sastre?
- En efecto, respondió Shaw.
- ¡Me gustaría, entonces, saber cómo es que usted no fue también sastre!

Shaw sonrió. Miró de arriba abajo a este petimetre y le dijo:

- Perdone. ¿Su padre no era un perfecto caballero?
- ¡Naturamente!
- A mí también me gustaría entonces saber por qué no lo fue usted.

En lo que a mí respecta, el deseo de conocer mis ancestros nació un día en que mi padre, Juan Nepomuceno Mojica Angarita, me llevó al convento de las monjas Clarisas, en Tunja, y colocándonos al frente de la puerta principal me señaló con el índice un escudo tallado en piedra que se encontraba en la parte superior del frontispicio, diciéndome: “Ese es el escudo de los Mojica”. Tenía yo diez años y desde entonces la idea de averiguar mis orígenes me rondó.

Cerca de mi casa en Santa Rosa de Viterbo, vivía don José (Chepe) Mojica Silva, de quien yo sabía que había hecho un estudio sobre la genealogía de los Mojica de Boyacá. Sin embargo, no podía hablar con él pues era “enemigo” de mi papá. Simplemente no se trataban, por lo que una vez le pregunté a mi padre:

- Papá, ¿por qué no se saludan con don Chepe?

A lo que él me contestó:

- Porque dice que nosotros no somos Mojica.

Se me quedaría grabada en la cabeza y generaría en mí el deseo de saber qué significaba exactamente esta respuesta.

Pasaron los años y murieron don Chepe y mi papá. Mis parientes y primos ignoraban todo sobre sus ancestros. Escasamente si sabían el nombre de los padres y el de uno que otro abuelo.

En 1984, me reencontré con Francisco Mojica Sastoque, sobrino de don Chepe, de quien indudablemente éramos parientes pero que no nos atrevíamos a tratar como tales. Francisco me expuso que tal frialdad se debía a razones políticas o, mejor, a odios políticos heredados de los partidos, odios que habían trascendido los umbrales de las casas y habían dividido a las familias. Había Mojica liberales y Mojica conservadores. Don Chepe cuando hizo el análisis de la genealogía Mojica de Boyacá excluyó a los liberales.

Mi padre, que era de un recio carácter, pero de muy buen humor, se refería a esta división así:

- Los Mojica se dividen en dos: unos altos, buenos mozos y liberales, y otros, chiquitos, feos y godos.

Francisco y parte de la familia creían que el apellido no era español, pues en la madre patria existía el Mújica o Múgica pero no el Mojica. Mas aún decían que los Mujica que había en Colombia eran de otros, santandereanos, si se quiere, pero que no teníamos el mismo tronco común. Son de distinta panadería, decía Álvaro Antonio Mojica Rivadeneira. ¡Cuán equivocados!

Francisco me contaba que cuando él llegaba en sus viajes, al cuarto del hotel donde se hospedaba en cualquier ciudad, siempre buscaba en la guía telefónica, el apellido Mojica pero que en España muy poco había. Álvaro Antonio nos diría que él hacía lo propio en todas las capitales de América, encontrando Mojica, no en abundancia, pero que los hay, los hay. Nos reímos cuando les conté que yo tenía también esa costumbre, al extremo de buscarlos en los directorios de Tokio y Moscú.

Para 1987 me propuse indagar mis ancestros, así que realicé un plan. Iría primero a Tunja y luego a España. En Tunja, el ingeniero civil Abel Mojica me suministró una hojita, en donde estaba descrita su ascendencia hasta don Sebastián de Mojica y Buitrón. En la Biblioteca Municipal obtuve una fotocopia del escrito de don José Mojica Silva. En la oficina de mi pariente, el abogado Rafael Rodríguez Orjuela, recibí una hermosa lámina titulada: "Tunja, la más blasonada". Allí estaba en bellos colores el escudo de los Mojica, el mismo que en piedra, 43 años atrás, mi padre me señalara. Sus colores habían sido rescatados por el historiador boyacense Alberto Mateus.

Obsesionado en este plan viajé a Madrid, en 1997. No fueron fáciles las averiguaciones pues aunque existen varios institutos dedicados a estas actividades, guardan celosamente su información, y tan sólo mediante elevadas sumas de dinero proveen alguna. Continué averiguaciones en un segundo viaje en 1998. En 1999 viajé de París a Bilbao y allí me presenté ante el director de la Biblioteca Municipal en el Casco Viejo.

"La familia Múgica es de mucha importancia en la historia de la ciudad", me dijo el director, "inmediatamente le proveeré de dos asistentes de investigación para que le faciliten el trabajo".

Cómodamente instalado en una amplia mesa de roble comencé a recibir libros y documentos, que analizados, bajaba al sótano a fotocopiar. Permanecí tres días en el recinto, al cabo de los cuales tenía una amplia visión de los Mújica o Mujica en España, pero estaba seguro de que se trataba de mis antepasados. Lo sentía en la vibración de mis venas al adentrarme en las páginas, ¡era la misma sangre!

Conversé varias veces sobre el tema con mi buen amigo, el médico del Rey, don Fidel Fernández Rubio, quien tenía un título otorgado a sus antepasados por el rey Fernando de Castilla, del que no hacía uso para no tener que pagar los onerosos impuestos que él demandaba. Más aún, me contaba que el primo mayor, Álvaro, heredero de muchos blasones, se vio en la necesidad de trabajar, pero su preparación académica no daba para más allá de oficial en la Oficina de Correos. Las tías se escandalizaron, pues les era inconcebible que un noble trabajara y menos de empleado público, y le dijeron a Fidel:

- ¿Cómo es posible que Álvaro tenga que trabajar? ¿A dónde hemos llegado?

A lo que Fidel les respondió:

- No veo contradicción. Nuestros antepasados se ganaron la vida matando moros, ¿por qué Álvaro no puede ganarse la vida matando sellos?

Posteriormente estuve en la Biblioteca Nacional que está situada en Madrid, en el Paseo de la Castellana. También visité los institutos de estudios genealógicos del Colegio Mayor Marqués de la Ensenada, de La Escuela de Genealogía y Heráldica, de Hidalguía, la Asociación Nacional Heráldica, el Luis de Salazar y Castro y la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, de la calle Quintana No. 28.

Sólo me daban algunas puntadas como información y si logré entrar a sus archivos fue después de una jugosa coima. Al indagar sobre los escudos de armas me enteré, con sorpresa, que la mejor codificación de ellos se encuentra en Nueva York, Estados Unidos de América.

De todo lo que obtuve, el libro más importante, el que fue clave en toda la investigación correspondió al de Antonio Pérez de Azagra y Aguirre, escrito en 1944, año mismo en que nació el que estas páginas escribe.

En el 2003 volvería a Tunja, la ciudad donde llegó el primer Mojica a Colombia, don Bernardino de Mujica y Guevara. También llegaría de Madrid, su sobrino don Sebastián de Muxica y Butrón, a quien el notario cambiaría en su testamento por Sebastián de Moxica Buytrón, ya que como era la época castellanizante se prefirió el Buytrón al Butrón, cuyo significado etimológicamente es el mismo: arte de pesca.

La quinta generación de los descendientes de don Sebastián se asentaría en Tasco en 1780 y de los choznos de Vicente, Roque y Salvador descenderán una buena parte de los actuales Mojica.

El hijo de don Sebastián, don Diego, se asentará en Sátiva y de su tataranieta Buenaventura, descenderán los Mojica de Sátivanorte y Sátivasur, los de Boavita, los de El Cocuy y los de Soatá.